

mandó tender sobre un cilicio cubierto de ceniza, para acabar con un acto de humildad y de mortificación una vida de austeridades y abnegaciones. Cuando espiró, su rostro pareció radioso de celestial júbilo. Fué depositado su santo cuerpo en su ciudad episcopal, en el sitio donde se fundaron después la iglesia y el ilustre monasterio de San Martín de Tours, peregrinación muy frecuente en los primeros tiempos de la monarquía francesa. Tuvo por sucesor a Bricio, uno de sus discípulos.

Hacia el año 401, recibió el papa san Anastasio una diputación de los obispos del África, que le suplicaban conservar en el clero á los Donatistas convertidos. Un concilio, reunido en Cartago el 16 de junio de 401, se había pronunciado en este sentido, por la penuria de clérigos, y con el objeto de facilitar así la vuelta y conversión de los Donatistas á la fe católica. El papa acogió favorablemente su petición. — Un acontecimiento mas grave iba á llamar su solicitud apostólica sobre el estado de la iglesia de Constantinopla y la persecución que la emperatriz Eudoxia comenzaba á mover contra san Juan Crisóstomo; pero la muerte se llevó á este santo papa en medio de sus trabajos, el 27 de abril de 402. Solo había durado tres años su pontificado, y en tan corto espacio mereció este elogio del gran papa Inocencio I: « Anastasio, dice, gobernó la Iglesia » con la pureza de una vida ejemplar, con abundancia de una » doctrina irrepreensible, y con la justa y prudente firmeza » de la autoridad eclesiástica. »

CAPITULO V.

SUMARIO.

§ I. PONTIFICADO DE SAN INOCENCIO I (abril de 402-marzo de 417).

1. Cartas de san Inocencio I á varios obispos de Francia, España y África. — 2. Primer destierro de san Juan Crisóstomo. — 3. Segundo destierro y muerte de san Juan Crisóstomo. — 4. Invasión de Roma por Alarico. — 5. *Ciudad de Dios* por san Agustín. Pelagianismo. — 6. Muerte del papa san Inocencio I.

§ II. PONTIFICADO DE SAN ZÓSIMO (agosto de 417-diciembre de 418).

7. Trabajos y muerte de san Zósimo.

§ III. PONTIFICADO DE SAN BONIFACIO (30 de diciembre de 418-25 de octubre de 422).

8. Elección de san Bonifacio I. Antipapa Eulalio. Cuestión del derecho de apelación á la Santa Sede, movida por los obispos de África. — 9. Pretensiones de Ático, obispo de Constantinopla, á la jurisdicción sobre todas las Iglesias del Asia. — 10. Muerte de san Jerónimo y de san Bonifacio I.

§ IV. PONTIFICADO DE SAN CELESTINO I (3 de noviembre de 422-6 de abril de 432).

11. Semi-pelagianismo. — 12. Casiano. San Simeon Estilita. Invasión de Genserico en África. Muerte de san Agustín. — 13. Los Francos en las Galias. San Lupo de Troyes, san Euquerio de Leon de Francia, san German de Auxerre, etc. — 14. Nestorio. Concilio de Éfeso, tercero general. Muerte de san Celestino I.

§ V. PONTIFICADO DE SAN SIXTO III (26 de abril de 432-28 de marzo de 439).

15. Elección de san Sixto III. — 16. Prudencio. Sedulio. Predestinacionismo. San Próspero. — 17. Código Teodosiano. Invasión de los Bárbaros en diversas provincias del imperio. Muerte de san Sixto III.

§ I. PONTIFICADO DE SAN INOCENCIO I (abril de 402-marzo de 417).

1. Ábrese el quinto siglo con el pontificado de san Inocencio I, elevado en 402 á la cátedra de san Pedro. Era ya llegada la época de la decadencia del imperio romano en Occidente. Por maravilloso designio de la Providencia, que vela por los destinos de la Iglesia, todo estaba preparado para que en esta ruina del mundo viejo, quedase solo de pié la potencia de los papas y de los obispos. Los Bárbaros, que van á llamar por

todos lados á las puertas del imperio romano, encontrarán do quiera la religion de Jesucristo como una fuerza moral mas elevada, imponente y soberana que la de las armas. La autoridad del pontifice de Roma se establecerá en el momento de la decadencia de los Césares; vencedores y vencidos se arrodillarán ante la cruz dominante, y bajo la mano del vicario de Dios en la tierra. Inocencio I, que debia de ver la primera invasion de Roma por los Godos, hallaba, al subir al trono pontifical, el imperio romano en manos de dos príncipes igualmente incapaces de reinar y que se dejaban dominar por sus ministros. Honorio, en Occidente, habia puesto toda su autoridad en manos de un Vándalo su favorito, llamado Stilicon, con cuya hija se habia casado. Arcadio, en Oriente, se dejaba dominar por sus eunucos, y por los caprichos de su esposa la emperatriz Eudoxia. Era pues muy lamentable la situacion política del imperio; pero la Iglesia parecia ganar en fuerza, union y concordia lo que el imperio perdía en grandeza. Inocencio I estaba dotado en su gobierno de singular prudencia, y de tantas luces, que san Agustin elogiaba en extremo su acierto y profundidad. Nada cambió en lo personal de la administracion anterior. « Los recién venidos, decia, echan á perder los negocios antes de entenderlos. » Sus cartas decretales llegaban á las extremidades del mundo para confirmar las reglas de la sana disciplina. En una dirigida á san Victorio, obispo de Ruan, en 404, el papa menciona los cánones relativos á la ordenacion de los obispos y presbíteros, á la jurisdiccion eclesiástica, á quien sola compete el conocimiento de las causas espirituales. Otra dirigida á san Exuperio de Tolosa, en el 405, resuelve muchos casos particulares propuestos por este obispo á la decision de la Santa Sede. Las leyes sobre el celibato de los clérigos, la indisolubilidad del matrimonio, las reglas de la penitencia se hallan expuestas en esta decretal conforme á la constante é invariable tradicion de la Iglesia. — El África, siempre assolada por las violencias de los Donatistas, invocaba el socorro del Pontífice romano. Se habian celebrado ya tres concilios en Cartago, para poner en

planta los convenientes medios de pacificacion (402, 403, 404). Se habian propuesto á los obispos donatistas conferencias públicas en cada ciudad; mas estos se negaron á ello. El tercer concilio resolvió entonces enviar obispos en calidad de diputados á Honorio, suplicando al emperador aplicase á los Donatistas las leyes dadas por Teodosio el Grande contra los herejes. Fué remitida una carta al papa san Inocencio recomendándole esta embajada. Otorgó el emperador la peticion; pero en su respuesta á los Padres del concilio, san Inocencio les recuerda las reglas canónicas acerca de la obligacion de la residencia episcopal, y les recomienda que cuiden no se ausenten los obispos de sus diócesis sino por graves motivos. — Hácia el mismo tiempo, la intervencion del papa san Inocencio ahogó en su nacimiento un cisma pronto á estallar en la Iglesia de España. El concilio de Toledo habia admitido á la comunión á Simfosio, Dictino y algunos otros obispos de Galicia, que habian abjurado la herejía de los Priscilianistas: los prelados habian sido mantenidos en su jurisdiccion y dignidades. Los obispos de la Bética y de la provincia cartaginense hallaron esta sentencia sobrado indulgente, y se rehusaron á comunicar con los que la seguian. El negocio fué deferido al papa san Inocencio, que confirmó la decision del concilio de Toledo, y mandó á los obispos de España comunicasen con todos los rehabilitados por el concilio.

2. Mas lo que preocupaba sobre todo al santo Padre era la situacion religiosa del Oriente. Su mas elocuente y celoso obispo, san Juan Crisóstomo, se veia acusado, condenado, perseguido y desterrado por sus cólegas en el obispado, y no hallaba apoyo sino en el sucesor de san Pedro. El celo y ardor con que el patriarca de Constantinopla proseguia en su provincia la reforma del clero y represion de todos los abusos, le habia acarreado gran número de enemigos. En un concilio celebrado en Éfeso, hizo deponer seis obispos simoníacos, convencidos de haber sobornado, ó comprado la ordenacion de su metropolitano á precio de dinero (403). Depuso tambien al obispo de Nicomedia, Geroncio, que se habia hecho ordenar

por Heladio, obispo de Cesarea en Capadocia, en recompensa de un empleo que habia logrado para un pariente de este metropolitano. Aun le suscitó mas disgustos un asunto mas grave todavia, en el que san Crisóstomo intervino con su rectitud acostumbrada. Teófilo, patriarca de Alejandria, disgustado hasta enfurecerse contra los monjes de Sceta, porque habian dado asilo á un sacerdote que él habia echado de su iglesia, reunió un concilio, en el cual sin llamarlos les hizo condenar so pretexto de origenismo. Obcecado de cólera, él mismo se puso al frente de una compañía ó dos de soldados, que invadieron los monasterios, entregando á las llamas el texto de las Escrituras y los sagrados misterios, pasando á cuchillo piadosos é inofensos solitarios (401). Arrojadados de sus santos asilos, los monjes se fueron desde luego á Jerusalem, de donde logró echarlos el crédito de Teófilo. El patriarca de Alejandria habia sabido buscarles enemigos por todas partes. San Epifanio, engañado por falsas relaciones, habia convocado en Salamina un concilio de toda la isla de Chipre, donde habia renovado la condenacion del origenismo. El santo estaba en la conviccion de que los monjes de Egipto eran fogosos sectarios de esta herejía. Como acababan de llegar á Constantinopla para ponerse bajo la proteccion de san Juan Crisóstomo, san Epifanio les siguió hasta allí mismo, y se negó á comunicar con el santo patriarca, á quien creia fautor de herejes. San Juan Crisóstomo le envió sacerdotes á san Epifanio ofreciéndole la hospitalidad en su propio palacio: san Epifanio no la admitió, y aun ordenó de su propia autoridad á un diácono sin pedir la autorizacion y licencia de su metropolitano. Sin embargo, los monjes egipcios habian hallado en san Juan Crisóstomo un apoyo: se presentaron pues á san Epifanio y le dijeron: « Nosotros somos esos monjes de » Egipto que vos perseguís: quisiéramos saber si habeis visto » nuestros escritos y tratado con nuestros discípulos. » San Epifanio les respondió que jamás se le habia ofrecido ocasion de ello. « ¿Cómo podeis, pues, condenarnos sin conocernos? » El santo quedó vivísimamente impresionado de esta sencilla

consideracion, y los acogió con benevolencia. Esta entrevista determinó sin duda su precipitada salida de Constantinopla. No se reconcilió con san Juan Crisóstomo, á lo que parece, sin que se sepa porqué. Murió en la travesía de su regreso en 403, y la isla de Chipre, que lo veneraba como á un padre, recibió sus restos mortales como piadosas reliquias. La contienda entre él y el ilustré prelado de Constantinopla, sostenida de buena fe por ambas partes, no ha impedido el que los papas hayan puesto á Epifanio en el catálogo de los santos. La Iglesia griega le cuenta entre sus doctores: mereció este doble título por la santidad de su vida, el fuego sagrado de su celo, y las obras sabias que compuso en defensa de la verdad. Tambien habia venido á Constantinopla Teófilo de Alejandria, prosiguiendo contra estos monjes su sistema de destruccion. Formó pues en Constantinopla mismo un partido poderoso, compuesto todo de los enemigos de san Crisóstomo. Un discurso de este contra el lujo y desenfreno de las mujeres fué representado á la emperatriz Eudoxia como una alusion personal contra ella y contra las damas de la corte. La vanidad herida no perdona jamás. La emperatriz, de acuerdo y concierto con Teófilo, impelió al emperador á las mas inicuas medidas. Un conciliábulo reunido en un caserío llamado *ad Quercum*, cerca de Calcedonia, depuso á san Juan Crisóstomo (403). La sola acusacion canónica que habia podido presentarse con alguna apariencia en contra de él, era la de hacer tomar á los fieles, un poco despues de la comunión, algo de agua para no exponerlos á que con la saliva escupiesen alguna partícula de las especies sacramentales. Pero se insistió mucho mas sobre una comparacion atribuida á san Crisóstomo, y en la cual veian los obispos cortesanos un crimen de lesa majestad. Hablando de la emperatriz san Juan Crisóstomo, habia hecho cierta alusion comparativa á la reina Jezabel. Una orden de destierro se expidió inmediatamente despues de la condenacion del conciliábulo *ad Quercum*. San Juan Crisóstomo fué súbitamente arrestado y conducido en la misma noche á un bajel, que le transportó hacia las costas de Asia, y le

desembarcó cerca de la ciudad de Preneste en Bitinia. Este destierro solo duró un día: porque el pueblo, al saber al día siguiente el confinamiento de su santo obispo, llenó las iglesias y las plazas públicas de gemidos y voces. En la noche siguiente sobrevino un terremoto que conmovió la ciudad y sus arrabales. Eudoxia, atemorizada, vió en este prodigio un castigo del cielo. Desde el amanecer infinidad de embarcaciones cubrían el Bósforo, para visitar la costa y volver á traer al santo patriarca, cuya guarida no era conocida. Se le descubrió en fin; un oficial de la emperatriz le entregó una carta de esta princesa diciéndole: « Viva persuadido Vuestra Santidad que » se ha obrado sin mi anuencia ni conocimiento. Estoy ino- » cente de este acto de injusticia. La trama es obra de hom- » bres malos y perversos. Dios es testigo de las lágrimas que » le ofrezco en sacrificio. Yo tengo muy grabado en el corazón » que mis hijos han recibido el bautismo de vuestras manos. » Al entrar por la noche en su ciudad episcopal, san Juan Crisóstomo halló á todo el pueblo, que le salió al encuentro, llevando antorchas en señal de regocijo. Llegado á la iglesia de los Apóstoles, acompañado de mas de treinta obispos, y de las aclamaciones entusiastas de la muchedumbre, Crisóstomo subió al púlpito; pero su elocuencia misma le perjudicó como orador, porque los oyentes no pudiendo contenerse, prorumpieron en aplausos con tanta fuerza y persistencia, que no pudo acabar su discurso (403). Todos los enemigos del santo patriarca quedaron reducidos á silencio con tan imponente manifestacion. Hasta el mismo Teófilo de Alejandría cesó de perseguir á los monjes de la Tebáida. A puro condenar las doctrinas de Orígenes (que solo sabia de rumor), quiso conocer sus libros. Este estudio le convirtió á la mas sincera admiracion por doctor tan grande; y cuando se le preguntaba despues cómo habia pasado así de la persecucion al entusiasmo, respondia: « Sus obras semejan á una praderia sembrada de flores; yo cojo estas sin detenerme á las espinas. »

3. Restablecida la calma en Constantinopla de tan inesperada manera, solo duró dos meses la tranquilidad. Un inci-

dente despertó en el ánimo de Eudoxia su odio mal comprimido. Con motivo de una estatua de plata erigida á la emperatriz en una plaza pública en frente de Santa Sofia, se habian dispuesto danzas y espectáculos que perturbaban el recogimiento y la celebracion de los oficios divinos. El patriarca se quejó de este abuso con libertad apostólica. Tal fué la señal de una nueva persecucion. Eudoxia se creyó ofendida; volvió á anudar el hilo de sus anteriores intrigas con los enemigos del santo orador. « Herodias está furiosa, exclamaba cierto día » san Juan Crisóstomo; aun danza y pide de nuevo la cabeza » de Juan! » Pero por esta vez la logró. Un conciliábulo formado de enemigos personales del Crisóstomo le condenó y depuso sin oírle. Arcadio le intimó orden de dejar su iglesia: « La he recibido de Dios, respondió el patriarca, y no la abandonaré si no me arrancan de ella vuestros soldados. » A los pocos momentos se vió cercada la basilica é invadida por batallones de Tracios. Se celebraban entonces las fiestas de Pascua, en 404, y segun la costumbre de aquella época san Juan Crisóstomo conferia el bautismo solemne. Hombres y mujeres son echados fuera á sablazos, los clérigos y sacerdotes fieles son encarcelados, y, lo mas sensible, profanados el cuerpo y sangre de Cristo. San Crisóstomo se retiró á su palacio episcopal, rodeado y guardado por todo el pueblo armado. El emperador no se atrevió á atacarle; pero en fin, el 10 de junio de 404 envió á Patricio, su secretario de órdenes, para decir al patriarca que si no consentia en retirarse voluntariamente, los soldados iban á batirse contra el pueblo. San Juan Crisóstomo, volviéndose hácia algunos obispos que le acompañaban: « Venid, les dijo; hagamos oracion juntos, y despedámonos » del ángel de esa iglesia. » Despues de una fervorosa oracion, dió á los obispos el ósculo de paz, arrasadas sus mejillas en lágrimas. Ocultándose entonces de su pueblo amado, se salió de la iglesia por una puerta excusada, y subió á una embarcacion que por de pronto le condujo á Nicea. Una orden imperial del 5 de julio de 404 le mandó transportar á Cucusa, ciudad desierta, en las gargantas del monte Tauro. La salud del

patriarca estaba ya muy quebrantada con tantos sacudimientos, y por el cansancio de un viaje largo y penoso, verificado en estacion calurosísima, y con una calentura que le duró mas de treinta dias. Los cuidados y solicitud de Sabiniana, diaconisa de Constantinopla, que quiso seguir á su santo prelado, no pudieron restablecer su salud, que continuaba en estado alarmante. Pero aun no estaba contenta Eudoxia; y volvió su furia contra los clérigos que continuaban en comunión con su pastor legítimo. Eutropio, uno de ellos, murió en manos de los verdugos, que le desgarraron las costillas y el rostro con garfios de hierro. Fué puesto en lugar del inmortal Crisóstomo Arsaicio, obispo intruso. En tan amargas y lamentables circunstancias, la desconsolada iglesia de Constantinopla se dirigió al soberano Pontífice, suplicándole la socorriese. San Inocencio escribió á san Juan Crisóstomo una carta de consuelo, que fué remitida al ilustre confinado en lo mas recóndito de las montañas de la Armenia. Otra fué dirigida al clero y pueblo de Constantinopla: « No estamos tan separados de vosotros, que » dejemos de tomar parte muy viva en vuestro sentimiento. » ¿Quién pudiera tolerar la conducta tan criminal é injusta de » parte de aquellos que debieran hacerlo todo por asegurar la » paz y tranquilidad en el seno de la Iglesia? Por una espanta- » tosa violacion de las leyes mas sagradas se arranca de manos » de obispos inocentes el gobierno de sus diócesis. El injusto » trato que se hace padecer á vuestro obispo Juan, con quien » estamos tan íntimamente unidos, es un atentado á todo de- » recho sagrado y natural. Se ha osado darle sucesor contra » todas las reglas canónicas; pero tal eleccion es nula, es sa- » crilega. » No contento con dar este testimonio de interés á una iglesia desconsolada, el papa instó mucho al emperador Honorio para que escribiera á su hermano Arcadio en favor de san Juan Crisóstomo. Fueron enviados varios obispos en diputacion para llevar la carta de Honorio; pero Eudoxia les hizo detenerse en el viaje, y no se les permitió regresar á sus diócesis sino despues de haberles hecho experimentar tormentos y cautiverio de mucha duracion. Juan Crisóstomo, infor-

mado en su destierro de los esfuerzos que el papa hacia en su favor, le escribió muchas cartas de agradecimiento. « Vos » sois quien lleva el peso del mundo entero; vos teneis que » combatir á la vez por las iglesias afligidas, por los pueblos » dispersos, por los sacerdotes rodeados de enemigos, por los » obispos en destierro ó en fuga, y por las constituciones de » nuestros padres sacrilegamente profanadas (406). » A pesar de estar desterrado bastante lejos, aun no se creian seguros sus enemigos, y lograron de Arcadio que lo enviara á Pitontia, paraje desierto del país de los Tzanes, en las orillas del Ponto Euxino. Este nuevo viaje duró nada menos que tres meses, sin que durante este tiempo tuviese el santo patriarca un instante de descanso, á pesar de su muy quebrantada salud. Sin embargo, no pudo llegar al término de su destierro: porque se encontró tan malo en Comana, que los soldados que le acompañaban no osaron llegar mas lejos: se le puso en una iglesia dedicada á san Basilisco. Mandó se le revistiese de sus vestiduras pontificales blancas, en señal de libertad, distribuyó entre los asistentes lo poco que le quedaba, recibió la Eucaristía y murió pronunciando estas palabras de accion de gracias: « ¡ Sea » Dios bendito por todo! (407) » Así se apagó en tierra extraña, lejos de su amada grey, aquella lumbrera de Oriente, aquella voz elocuente, que ya en su vida misma mereció el dictado de *Boca de oro*. Muchos papas le han llamado el *Agustin de la Iglesia griega*. Los literatos, admirados de su brillante elocuencia, que semejava á la vez á la energía de Demóstenes y á la elocuencia mesurada de Ciceron, han dicho de él que era el *Homero* de los oradores cristianos. Tenemos de este santo Padre muchos tratados dogmáticos, comentarios de diferentes partes de la Biblia, cartas, epístolas, y numerosas homilias, discursos y panegíricos de santos. Las obras mas universalmente leidas son los *Tratados del sacerdocio, de la Providencia, de la Virginitad*. Despues de su muerte, el papa quiso consagrar su memoria, y se negó á comunicar con los obispos de Oriente hasta que no la hubiesen rehabilitado solemnemente, volviendo á llamar á todos los que habian sido desterrados por su causa,